

TRAS LOS ORÍGENES DE LA FARMACIA: GRECIA Y ROMA

Luis Marcos Nogales - *Texto*

Íñigo Ansola Bárcena - *Ilustraciones*

Palabras clave: Farmacia, orígenes, Grecia, Roma.

Se considera a Grecia como la cuna de la civilización occidental y la democracia. En sus ciudades o *polis* florecieron esplendorosamente las artes, las letras, la filosofía, la ciencia y la política, en una época en la que predominaban la superstición y la ignorancia en el resto de Europa. Grecia no formaba un estado, sino un territorio dividido en ciudades estado a veces enfrentadas, a veces aliadas frente a amenazas externas, pero siempre manteniendo el vínculo de una cultura y religión común.

La ciencia griega bebía de la egipcia, la babilónica y la india, así como de sus creencias. Idearon un compendio de deidades para casi todo, incluyendo por supuesto la salud. Así, encontramos a *Pharmakis*, diosa de la magia y experta en plantas medicinales, *Apolo* y *Artemis*, con poderes curativos, *Asclepios*, hijo de *Apolo* y dios médico por excelencia, que transmitió sus saberes a sus hijas, destacando *Hygea*, personificación de la salud y la higiene y *Panacea*, asociada con los remedios infalibles. Por cierto, la copa y la serpiente que usamos como símbolo de nuestra profesión tienen su origen en la diosa *Hygea*, que se representaba dando de comer con un cuenco a una serpiente. La serpiente estaba consagrada a *Asclepio* y también era el símbolo de la sabiduría y se consideraba, como en Egipto, un animal beneficioso, hasta el punto de dejar a las no venenosas campar a sus anchas por las habitaciones de los enfermos.

En la antigua Grecia aparece personal especializado en medicamentos como los *pharmacopolas*, que comercializaban drogas y plantas medicinales, los *rizotomos*, que las recolectaban para su venta, los *pharmakeis*, vendedores ambulantes de medicamentos o los *pharmacopeos*, expertos en venenos. En los *alipterion* de los gimnasios, muy populares en Grecia como espacios de salud, los medicamentos eran preparados y dispensados por el *gimnasiarca*. He aquí la que posiblemente sea la primera farmacia del mundo occidental.

Los *asclépidas* eran sacerdotes que suministraban remedios en los *asclepiones*, santuarios del dios *Asclepio* que surgen alrededor del s. V a. C. y se convierten en los centros sanitarios por excelencia. Los enfermos que acudían a los *asclepiones* aguardaban tres días con sus noches en ayunas antes de que se les suministrara un brebaje que les hacía caer en un sueño o *incubatio* durante el cual el enfermo debía tomar buena nota de sus sueños para luego narrarlos a los *asclépidas*. En función de cómo se interpretaran dichos sueños se decidía el tratamiento.



La medicina y la farmacia se basaban, en la mayoría de los casos, en la experimentación y la razón, pero no siempre, porque el helenismo fue la meca de las teorías médicas y muchas de ellas eran fieles seguidoras de la correspondiente, y no fácilmente extrapolable a la salud, teoría filosófica. Además, las creencias religiosas seguían teniendo mucho peso en la búsqueda de la curación. A pesar de ello, la influencia de la cultura helenística en la medicina –como en casi todo- tuvo una importancia brutal, sobre todo en la cultura occidental, donde fue tremendamente longeva y sin apenas giros significativos durante siglos.

Pongamos como ejemplo a Pitágoras y los suyos, los pitagóricos, que creían en el número como elemento primordial. La escuela pitagórica utilizaba las matemáticas para explicarlo todo, como la música, que recomendaban para tratar enfermedades.

Los atomistas Leucipo y Demócrito llamaron átomo a la partícula última e indivisible que compone el universo. Según el atomismo, la acumulación de átomos provoca las enfermedades, que deben ser tratadas con vida sana y medicamentos que abran los poros de la piel para dejar salir los átomos sobrantes.

Empédocles creó o recogió (por ejemplo de la civilización china) la teoría de más repercusión en la medicina de las culturas clásicas. Según él, la materia, y eso incluye el cuerpo humano, está formada por cuatro elementos: tierra, aire, agua y fuego. Esta teoría se convirtió en la piedra angular del humoralismo.

Si hay algún concepto que aparece recurrentemente en el crisol de ideas presocráticas, en lo que al origen de la enfermedad se refiere (caprichosos dioses aparte), este es el de equilibrio. El médico Alcmeón de Crotona (s. VI a. C.) definió la salud como el equilibrio de sus cualidades. Una buena definición y la más antigua de la que tenemos testimonio.

La filosofía presocrática nos ha llegado gracias a autores posteriores como Platón, fundador de la Academia de Atenas, su discípulo Aristóteles, fundador del Liceo también en Atenas y Teofrasto, discípulo y sucesor del anterior y padre de la botánica, que dedica en una de sus obras, *Historia plantarum*, un tomo a describir los usos

medicinales de las plantas, primera clasificación sistemática de este tipo, sólo superada posteriormente por Dioscórides.

En Grecia y sus colonias surgieron diversas escuelas médicas que aplicaban sus propias teorías sobre el tratamiento de las enfermedades. Una de las teorías más importantes fue el empirismo, desarrollado en la escuela de Cnido.



El empirismo iba al grano. No se molestaron en tratar de comprender el porqué de la enfermedad, entendiendo que era algo que se les escapaba, limitándose a estudiar los síntomas y el efecto de los remedios. Ante un enfermo, echaban mano de los archivos en busca de algún caso parecido y le aplicaban el mismo tratamiento. No era mal sistema, realizaron buenas observaciones clínicas y demostraron tener mentes abiertas a otras teorías incorporando lo que les era útil.

Utilizaban plantas, no muchas, con frecuencia para expulsar el mal del cuerpo a través de su acción vomitiva o purgante. Los medicamentos solían componerse de muchos ingredientes, cuantos más mejor, para sumar sus efectos (farmacia polifarmacéutica).

En la escuela de Cos surgió un nombre legendario: Hipócrates. La realidad es que no se sabe nada de él. Hay quién dice que ni siquiera existió y que su obra *Corpus hippocraticum* es en realidad un compendio de textos escritos durante siglos. Esto último es bastante probable según afirman hoy día los historiadores, dado que era un honor para los estudiosos añadir sus escritos a los de su escuela o maestro. Polémicas históricas aparte, Hipócrates (o su escuela) estableció como causa de las enfermedades el desequilibrio entre los cuatro humores del cuerpo (bilis, atrabilis o bilis negra, sangre y flema) precisando de los medicamentos (*pharmakon*) para restablecer el equilibrio. Esto se conoce como humoralismo, y es la versión médica de lo dicho por Empédocles, asociando cada humor a un elemento (la bilis al fuego, la bilis negra a la tierra, la sangre al aire y la flema al agua). El desequilibrio causante de la enfermedad podría deberse a causas internas (edad, sexo...) o externas (clima, insectos...) y se caracterizaba, según los médicos hipocráticos, por desarrollarse en cuatro fases: inicio, incremento, clímax y resolución.

El humorismo arrasó en el ranking de teorías médicas, quedando muy por encima de la segunda clasificada, la del empirismo, aunque supo tomar lo bueno de ella. La clave del éxito fue explicar la causa de la enfermedad, algo que no pudo el segundo, dando un enfoque científico. Además, era fácil de aprender, de aplicar y exigía cuidar al enfermo, controlando en todo momento su evolución. Ese aporte de humanidad, hasta entonces poco habitual en la medicina (pensemos en el juramento hipocrático) rompió moldes e hizo del humorismo hipocrático el favorito de los pacientes con el consiguiente aumento de la demanda de médicos seguidores del método.



El medicamento o *pharmakon* favorito en el humorismo era preferiblemente purgante, como la coluquintida o el asafétida, para eliminar las sustancias dañinas del organismo. Entre las demás plantas de su no muy extensa farmacopea se encuentran laxantes (ricino, acelga, col, uva) o diuréticos (perejil, tomillo, puerro, ajo, cebolla), muchos de ellos simples alimentos, algo lógico al ser los remedios dietéticos claves en el humorismo. Eran frecuentes las técnicas depuradoras como las populares sangrías, que tuvieron su origen en la necesidad de eliminar el exceso de "humor sangre" en el cuerpo. Otros remedios utilizados (algunos de ellos de importación, traídos desde Egipto y Asia Menor) fueron la mandrágora, la sanguinaria, el anís, la mostaza, la belladona, la euforbia, la pimienta, el opio, el beleño, el regaliz, el cannabis o la cicuta, con la que se suicidó Sócrates tras ser condenado por corromper la juventud y no reconocer los dioses de Atenas.

Aunque la mayoría de los remedios eran de origen vegetal también estaban presentes los de origen animal, como la leche y carne o las serpientes y los cuernos de ciervo. Llegaron a emplear la electroterapia como tratamiento para el dolor utilizando anguilas eléctricas en baños de pies y el veneno de la raya como anestésico. Del reino mineral hacían uso de la sal, el azufre, la creta, el óxido de cinc o el alumbre entre otros.

Un remedio muy popular entonces y durante los siglos posteriores fue la tierra lemnia, más conocida como tierra sellada, a la que atribuían propiedades astringentes y absorbentes. La genuina tierra sellada era una arcilla recogida principalmente en la isla de Lemnos por sacerdotisas que seguían un complejo ritual sin el cual el fármaco carecía de efecto. Una vez amasada y en algunos casos mezclada con sangre de cabra, se le daba forma de pastillas redondas y se las marcaba con un sello, de ahí su nombre.

Los griegos no incorporaron muchas novedades a su farmacopea. Era más bien escasa y casi todos los remedios habían sido ya descritos por civilizaciones anteriores, pero la esgrimieron con más éxito debido a lo profundo de su estudio, lo que les otorgó un mejor conocimiento de los efectos farmacológicos.

Habitualmente, las plantas se incorporaban a miel, hidromiel, vino, leche, *oinogale* (mezcla de vino y leche), *oinomeli* (mezcla de vino y miel) o aceite de oliva para su administración, pero también se empleaban gran variedad de formas farmacéuticas como las pomadas y ungüentos, ceratos, píldoras, colirios, bolos, supositorios, emplastos, pesarios, etc. Todas ellas eran elaboradas siguiendo un exitoso y longevo sistema de pesas y medidas, tanto de peso como de volumen, que utilizaba algunas muy conocidas como la libra y la onza. La medida más habitual era la dracma (3,9g), utilizada durante siglos por los farmacéuticos.

Los cosméticos eran muy populares. Encontramos desde formulaciones antiarrugas a base de arcillas o miel hasta dentífricos, tintes para el pelo a base de azafrán, muchos perfumes (toda una industria) e incluso un preparado aceitoso con sudor de lozanos gimnastas muy popular entre las mujeres llamado *rypos*.

El humoralismo, tan importante en otras zonas de cultura helena, no caló en mecas del conocimiento como Alejandría, fundada por Alejandro Magno en el 332 a. C. Llegando a ser una de las metrópolis más importantes y conocidas de la historia. Centro comercial y cultural del helenismo, capital durante tres siglos de la dinastía ptolemaica, era también una ciudad sofisticada y cosmopolita en la que convivían diversas culturas, sobre todo la griega, la judía y la egipcia. Este hecho, junto con la creación del Museo, la convirtió en foco de atracción para los eruditos y sabios del momento, como Arquímedes o Eratóstenes (también ayudó mucho que estuvieran mantenidos por el estado, costumbre que perduró hasta que el emperador romano Caracalla decidió que la ciencia no compensaba).



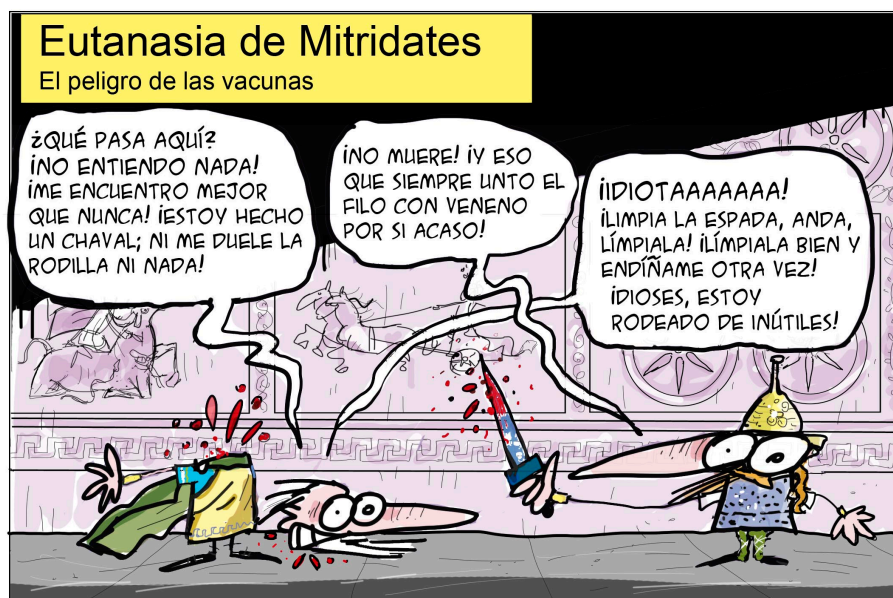
El Museo (en honor a las musas, divinidades de las artes y las ciencias) era tanto un centro de investigación filológica y científica como un lugar de enseñanza. Lo más

parecido a una universidad que había entonces. En su recinto se encontraba la celeberrima biblioteca, creada por Ptolomeo I y que alcanzó cerca de 400.000 volúmenes bajo el reinado de su nieto Ptolomeo III, que invitaba a los viajeros que llegaban a la ciudad a prestar sus libros para ser copiados.

Asimismo se realizaban investigaciones de todo tipo, incluidas las de alquimia. La alquimia ya tenía cierto recorrido tras un incierto origen en Asia, pero fue en la Alejandría cristiana de los siglos II y III donde comenzó su esplendor. No era una química incipiente sin más. Abarcaba todo un elenco de ideas filosóficas, astrología y religión. Consideraban la mítica piedra filosofal, capaz de transmutar como ya sabemos el plomo en oro, una panacea que también transformaba la enfermedad en salud.

En este ámbito tremendamente intelectual es lógico que el humorismo, como otras teorías, fuera vapuleado sin piedad y se considerara una más. En Alejandría hubo médicos que se inclinaban por el empirismo. Filino de Cos y Serapión de Alejandría fundaron la escuela empírica, que defendía como pilar de la curación el medicamento. No divagaban sobre el origen de la enfermedad. La diagnosticaban y la trataban con un medicamento que, por su experiencia, sabían que daba buen resultado. Esto fue un avance importantísimo en el desarrollo de la farmacología, sentando sus bases e impulsando su estudio.

Los medicamentos y técnicas farmacéuticas utilizadas en Alejandría eran un compendio greco-egipcio, sin muchas novedades salvo en el ámbito de la toxicología. En Alejandría se mostraba mucho interés por los venenos, era un tema de moda. Un estudioso del tema y seguidor de la escuela empírica llamado Zopyros, además de dar con un antídoto llamado *Ambrosía*, fue médico de Mitrídates VI Eupator, rey del Ponto (en las costas del Mar Negro).



Mitrídates, previendo todo tipo de conjuras para acabar con su vida, logró inmunizarse contra los venenos, muy empleados en estas lides. Empezó ingiriendo una pequeña cantidad de cada uno para después ir aumentando la dosis hasta lograr la inmunidad. Hoy día llamamos mitridatismo a la *“resistencia a los efectos de un veneno, adquirida mediante su administración prolongada y progresiva, empezando por dosis inofensivas”* (DRAE). Como es lógico, se convirtió en un experto en toxicología e inventó un

antídoto universal, todo un polifármaco de más de cincuenta ingredientes (incluidos los intestinos de un lagarto egipcio) llamado mitridato que se empleó hasta el siglo XIX a pesar de su nula actividad y que inició el gusto por los antídotos en Roma. Se cuenta que, años después, intentó suicidarse con veneno y claro, no hubo manera. Necesitó de un ayudante y una espada para lograrlo.

ROMA

Roma nació tardía en un entorno de sociedades avanzadas, fundada, según la tradición, por Rómulo y Remo en el 753 a. C. a orillas del Tíber. La península itálica era multicultural y Roma creció rodeada e influenciada por civilizaciones más evolucionadas pertenecientes a pueblos itálicos como los etruscos, o por la ya poderosa Grecia que colonizaba las costas mediterráneas.

Roma, a pesar de convertirse en potencia haciendo gala de una maquinaria de guerra basada en el orden y la disciplina, una ingeniería civil nunca vista, una administración eficiente y un relativo respeto por la cultura y religión de los vencidos, no supo desarrollar su propia cultura y dio continuidad a la griega, convirtiéndola en modelo idealizado de sofisticación y desarrollo en religión, artes, letras, ciencia y arquitectura. Hasta tal punto fue así, que hablar griego era un signo de distinción propio de personas cultas, se adoptaron los dioses griegos tras un mero cambio de nombre (Zeus-Júpiter) e incluso la admiración por el arte griego les llevó a adornar las calles de la Roma republicana con las esculturas traídas del saqueo de Siracusa en el 212 a. C., joya de las colonias griegas.

Tras la conquista el siglo siguiente de Macedonia y Grecia, Roma se vio inundada de obras de arte helenístico y de profesionales griegos. Los más valorados eran los artistas, los tutores para educar a los jóvenes patricios en los preceptos de la cultura clásica y los médicos. En justicia hay que decir que los romanos contribuyeron con ideas propias al desarrollo de la cultura clásica y le dieron continuidad alcanzando su esplendor a pesar de encontrar personajes conservadores, opuestos a la influencia del helenismo, al que consideraban tóxico para las tradiciones romanas. Un claro ejemplo lo encontramos en Catón el Censor, que consideraba a los griegos una “*raza perversa*”.

La sociedad romana era clasista y xenófoba. Se consideraba indigno de un ciudadano romano, y no digamos de un patricio (nobleza), el ejercicio de ciertas profesiones como la medicina y la farmacia, que dejaban en manos de los afamados, pero considerados ciudadanos de segunda, profesionales griegos. Con el tiempo el estatus de los médicos griegos mejoró, obteniendo la ansiada ciudadanía romana de manos de Julio César en el año 46 a. C. No es de extrañar, ya que hasta su llegada las terapias eran muy básicas y en gran parte fundamentadas en la magia.

Lo que sí se consideraba digno de patricios era la literatura y Aurelio Cornelio Celso (s. I d. C.), escribió una compilación médico-farmacéutica llamada *De Re Medica* incluida dentro de una obra enciclopédica que trataba temas que iban del derecho a la agricultura. Celso defiende una medicina hipocrática y racional basada en la evidencia dividida en dietética, cirugía y farmacia dedicando el quinto libro de *De re medica* a los medicamentos, clasificándolos en simples y compuestos. Celso no pertenecía a ninguna escuela médica pero las tuvo a todas en cuenta de una manera muy práctica. Mantuvo una visión global de la salud que no se basaba solamente en la enfermedad y su cura,

dando importancia a la alimentación, el ejercicio y la higiene. Otros importantes personajes recopiladores fueron Escribonio Largo, médico del emperador Claudio y autor de la farmacopea *De Compositione Medicamentorum* y Plinio el Viejo, cuya enciclopédica obra, *Historia Naturalis*, que abarcaba el saber de la época, incluía cinco libros dedicados a la medicina y la farmacia.



Así pues, la medicina y la farmacia siguieron en Roma la senda marcada por las teorías de las escuelas helenas. Evidentemente no desaparecen las deidades salutíferas y su culto sigue siendo popular, pero el pragmatismo romano hace decaer algo su importancia en favor de la ciencia. *Esculapio*, versión romana del dios griego *Asclepios*, seguía siendo una deidad muy importante, al igual que su hija *Salus*, la griega *Hygea*, y la medicina se practicaba en sus templos, estando el más importante en la isla Tiberina.

También encontramos a *Bona Dea*, diosa de la salud, la fertilidad y la castidad. Se la solía representar con el cuerno de la abundancia y una serpiente, de nuevo símbolo de curación y salud. Contaba con templos a cargo de sacerdotisas que realizaban ritos de lo más misterioso vetados a los hombres. Su templo en Roma estaba construido sobre una cueva en la que se mantenían serpientes sagradas y almacenaban hierbas utilizadas para preparar medicamentos.

Los que podían permitirse algo más que las plegarias no dudaban en hacer llamar al médico, a poder ser de una escuela prestigiosa. Los de la escuela metódica basaban su ciencia en el atomismo y estaban bastante considerados por la sociedad romana a pesar de lo sencilla que era su formación. Como ya hemos visto, para los atomistas la enfermedad se debía a un desequilibrio de los átomos del cuerpo causado por la dilatación o estrechamiento de los poros de la piel. Los tratamientos eran escasos en medicamentos y se basaban principalmente en la higiene y en llevar una vida sana, siendo su más importante valedor Asclepiades de Bitinia. La higiene era esencial en la sociedad romana y cualquier población medianamente desarrollada contaba con alcantarillado, baños y retretes públicos, fuentes de agua potable repartidas estratégicamente e incluso agua corriente (sólo los ricos).



Otra escuela de renombre fue la neumática, fundada por Ateneo de Attalia, que basaba su diagnóstico en el estudio del pulso cardíaco, obteniendo de él numerosos datos en la mayoría de los casos poco fiables y de difícil detección con el mero tacto de los dedos. Un discípulo de Ateneo de Attalia poco convencido fundó la escuela ecléctica, optando por quedarse con lo mejor de cada teoría en boga por entonces.

Muchos médicos habían tenido experiencia en las legiones, donde recibían unas lecciones más que prácticas dadas por las propias circunstancias. Se convirtieron en buenos profesionales y en muchos casos mostraron interés por las prácticas sanitarias de los países a los que su legión era destinada y recopilaron sus remedios. Tal es el caso de uno de los personajes más importantes de la farmacia y la medicina, Pedacio Dioscórides Anazarbeo, nacido en Cilicia (Asia Menor), en la ciudad de Anazarbeo en el s. I d. C. Se alistó como médico en las legiones de Nerón, una buena escuela para alguien con sus inquietudes.



Las legiones romanas eran técnicamente superiores a otros ejércitos también en lo sanitario. Los legionarios heridos eran atendidos rápidamente por personal muy

competente perteneciente al ejército. El emperador Augusto fue el que creó el cuerpo de sanidad para atender a los heridos en batalla, algo inusual hasta entonces. Para ello necesitaba médicos, así que otorgaba la ciudadanía romana y rango de équite a los que se enrolaran, la mayoría griegos. Las heridas eran salvajes, pero los médicos de la legión lograron tasas de curación inimaginables en otros ejércitos de la época y que no se volvieron a ver hasta no hace tanto. Aplicaban primeros auxilios en el campo de batalla, contaban con hospitales de campaña, existían especialidades y sus conocimientos de anatomía eran más que amplios.

En este ámbito adquirió Dioscórides experiencia y conocimientos, recopilando además remedios y plantas allá donde fue destinado, lugares tan dispares como Egipto, Germania, Italia o las Galias. Tras terminar su servicio en la legión, regresó a Roma para ejercer la medicina y escribir su sempiterna obra *De Materia Medica*, que supuso la compilación más importante y rigurosa hasta el momento. Creado con la sistematización característica de los recopiladores romanos, se convirtió en la farmacopea por antonomasia, esencial para la práctica farmacéutica e imprescindible para los boticarios durante siglos.

Dioscórides, padre de la farmacognosia, definió con contundencia la relación entre la botánica y la farmacia con una calidad científica sin parangón.



Como farmacopea incluyó no sólo plantas (600), sino también 90 minerales y 35 productos de origen animal, pero se centra en las primeras aportando una metodología muy eficiente. Cada planta cuenta con una monografía de gran nivel que la describe detalladamente, explica su utilidad terapéutica, dónde encontrarla, cómo recolectarla, prepararla y conservarla, recomendando distintos tipos de envase en función de la naturaleza de la planta o de la parte de la misma que se necesite. También comenta la influencia del tipo de terreno en el que crece la planta en sus propiedades farmacológicas o como reconocer falsificaciones.

Para Dioscórides, que prefiere el uso de medicamentos simples a costa de la polifarmacia, la *dynamis* caracteriza la acción de cada fármaco. Menciona medicamentos cálidos y fríos. Según él, los cálidos tratan problemas relacionados con la humedad y son diuréticos (edemas, problemas ginecológicos, etc). Por otro lado, los fríos tratan los problemas relacionados con la sequedad y los recomienda para su uso dermatológico.

El punto y aparte lo puso Galeno de Pérgamo (130 d. C.), prohombre de las ciencias médico-farmacéuticas. Nacido en el seno de una familia acomodada, Claudio Galeno tuvo una educación exquisita en la escuela de medicina de Pérgamo. En ella, así como en las de Alejandría, Corinto y Esmirna, tuvo conocimiento de todas las teorías médicas en vigor por entonces. Sin duda debió encontrar llamativa la disparidad entre ellas y no es para menos. Los encontronazos y la desacreditación entre los defensores de una u otra teoría eran constantes. Tras finalizar sus estudios, ejerció primero varios años en Pérgamo como médico de gladiadores y más tarde en Roma, donde fue adquiriendo fama hasta convertirse en médico de los emperadores Marco Aurelio, Cómodo y Septimio Severo, logrando con ello popularidad, dinero y por supuesto la envidia de sus colegas.

Consideró necesario pasar página y evolucionar del empirismo predominante a la ciencia basada en los conceptos aristotélicos. Desde luego creó los cimientos para que así fuera, pero lo que debió ser un comienzo fue inamovible durante 1500 años, siendo un auténtico lastre para el desarrollo de la medicina y la farmacia hasta que Paracelso plantó cara en el s. XVI.

Galeno optó, en su magnífica obra *Methodo medendi*, por primar la teoría humoral del hipocratismo al encontrarla más afín a su concepto de ciencia, más fácil de sistematizar y por lo tanto más práctica. Asimismo recopiló elementos de Dioscórides y otros muchos autores. Concluyó que las causas de la enfermedad podían ser internas, externas o una combinación de ambas, dejando claro que los dioses nada tenían que ver con ella. Según él, estas causas provocaban un desequilibrio de los humores (sangre, bilis negra, bilis amarilla y flema o pituita) o un exceso de los mismos que podía solventarse con el uso de medicamentos, de los que eran un gran defensor, aunque aprobaba otros métodos, como las sangrías.

Su afán por primar el uso de los medicamentos frente a otras terapias, que describiera en sus obras como prepararlos y que él mismo los elaborara en el laboratorio anexo a su gabinete dejó clara la importancia que les daba, importancia que acrecentaron sus seguidores hasta el punto de denominar a los medicamentos “galénicos” y a las técnicas empleadas “galénica”. No en vano fue el autor que más escribió sobre ellos.

No cabe duda que era todo un experto en la preparación de medicamentos dada la extensa farmacopea que menciona en sus escritos y la panoplia de formas farmacéuticas empleadas, que abarcaba todas las conocidas en su tiempo: infusiones, polvos, píldoras, colirios, supositorios, enemas, colutorios, inhalaciones, etc. Galeno formulaba con rigor y contaba con un laboratorio muy completo. Asimismo, era muy consciente de la importancia que tiene la vía de administración, la duración del tratamiento, la forma farmacéutica elegida, los excipientes y por supuesto la dosis.

Aunque sentía predilección por las plantas, no era raro que recomendara remedios de origen mineral, como la sal o tierras medicinales, o de origen animal como la grasa o la bilis. El objetivo estaba claro: o se expulsa la causa de la enfermedad o se contrarresta. Los medicamentos alopáticos tendrían un efecto contrario a la causa de la enfermedad (tratamiento por contrarios) y los purgantes la expulsarían.

Clasificaba los medicamentos en cuatro grados según su potencia, siendo el cuarto grado el mayor. También los clasificaba en fríos, cálidos, secos y húmedos, algo muy aristotélico, que a su vez tenían su grado correspondiente (medicamento frío de tercer

grado, etc.). Dependiendo de las necesidades del tratamiento se podían combinar fármacos de distintos tipos y grados para crear medicamentos compuestos.

Que Galeno tuviera una farmacia no es raro. Al igual que en Grecia, los médicos romanos que no ejercían en los templos solían contar con una incorporada a su consultorio o *medicatrina*. Era una importante fuente de ingresos y les permitía preparar sus propios medicamentos, que en muchos casos elaboraban siguiendo fórmulas secretas. Como es lógico, los médicos no eran los únicos en liza en el universo farmacéutico romano, casi idéntico al griego. Los *pharmacopolas* contaban con sus propios establecimientos en los que dispensaban medicamentos normalmente elaborados por ellos y los *herbari* estaban especializados en plantas medicinales, mientras que en las *apotheca* se almacenaban medicamentos.

Si los griegos contaban con los gimnasios como lugares de esparcimiento y salud, los romanos optaron por las termas. Las termas contaban con una sala denominada *unctarium*, en los que se elaboraban y aplicaban pomadas, perfumes y aceites. Los aceites se mezclaban con especias, algas e incluso extracto de cocodrilo.

No hubo muchas novedades terapéuticas más allá de la herencia griega, pero no queda duda de que la farmacia se nutre de nombres propios durante la hegemonía romana. Una de las pocas novedades fue la aparición de la lanolina, muy común hoy día. Era utilizada como cosmético y llegó a estar muy en boga por ser empleada por la esposa del emperador Nerón. Los colirios y los sinapismos (emplastos) fueron muy empleados, pero no tanto como el esparadrapo, que vivió una época dorada en Roma gracias a los médicos de la escuela metódica. La tela se impregnaba con el medicamento y se buscaba abrir los poros irritando la piel al arrancarlos.

Hubo una excepción: un polifármaco sobresaliente (hubo muchos) que creó escuela y que en la antigüedad se consideró un presente digno de reyes. Si en el mundo heleno triunfó el Mitridato, en Roma lo hizo la Triaca Magna. La Triaca era, al parecer, una versión del Mitridato desarrollada por el cretense Andrómaco, médico de Nerón, que encontró el ingrediente ideal para crear el medicamento perfecto: la carne de víbora, aunque Plinio afirmaba que el origen de la Triaca se encontraba en la corte de Antíoco III El Grande (rey de Siria), en el s. II a. C. y que popularizó Andrómaco.

La Triaca de Andrómaco encontró su principal razón de ser como antídoto, aunque terminó siendo una panacea con docenas de indicaciones terapéuticas. Se suponía que la carne de víbora contrarrestaba el efecto de cualquier veneno en el organismo si se administraba a las dosis adecuadas, siguiendo el principio de que lo similar cura a lo similar. Se daba por hecho que la víbora como tal era venenosa, de ahí que se empleara la carne, desechando la cabeza y la cola por considerarlas demasiado ponzoñosas.

Muchos otros ingredientes eran necesarios en su elaboración, hasta 77 según versiones, la mayoría vegetales. La fórmula original evolucionó a lo largo de los siglos, pero siempre contando con una cantidad de componentes extraordinaria, como la tierra sellada (llamada *terra sigilata* por los romanos) y opio, el ingrediente más activo de la fórmula. El excelso Galeno la recomendaba, lo que hizo que su uso se extendiera en el tiempo hasta fechas increíblemente recientes.

Pergamus laboratorios S.L.

Triaca viperinol

Contra el catarro, la cefalea, dolor dental, diarrea y estreñimiento

Bueno para la circulación, los huesos y la memoria

Baja el colesterol, sube la moral

Ingredientes: Chorradona, bicampeonato sódico, huevodepato potásico, ácido atípico, carne de víbora, lechuga y dos rebanadas de pan- acea.

Contraindicaciones: No se han descrito.

Advertencia: Su uso continuado produce deseo sexual y cosquillas placenteras.

Modo de uso: Vía oral. Ingerir como los langostinos, tras quitar la cabeza y la cola.

De venta en farmacias

9 de cada 10 galenos, incluyendo el mismo Galeno, lo recomiendan

No dejar al alcance de los niños.



Toda la ciencia medico-farmacéutica Romana se conservó tras la caída del Imperio Romano de Occidente (s. V d. C.) en el seno del imperio Bizantino. A través de él y de los musulmanes asentados en el sur de Europa dos siglos después se extendió por una Europa inmersa en el oscurantismo, la ignorancia y la intolerancia religiosa, una Europa que tardaría siglos en superar a los que consideraba sus maestros.

Bibliografía

1. Bousset, P., Bonnemai, H Y Bové, F.: Historia de la Farmacia, Barcelona, Condor Ediciones, 1984. CINTORA, P.: Historia ilustrada de la Farmacia, Zaragoza, Ed. Aguaviva, 1987.
2. COWEN, D L. Y HELFAND, WH.: Historia de la Farmacia, Barcelona, Ed. Doyma, 1992.
3. ESTEVA DE SAGRERA, J.: Historia de la Farmacia, Barcelona, Masson, 2005.
4. ESTEVA DE SAGRERA, J.: La materia medicinal de Dioscórides y la farmacia. Pedacio Dioscórides Anazarbeo edición facsímil, Madrid, Biblioteca de Clásicos de la Medicina y de la Farmacia Española, 1999.
5. FOLCH JOU, G.: Historia de la Farmacia, Madrid, Imprenta del P. de H. de Oficiales del Ejército, 1957.
6. FOLCH JOU, G., SUÑÉ ARBUSSA J.M. Y VALVERDE LÓPEZ, J.L.: Historia general de la Farmacia. El medicamento a través del tiempo, Madrid, Ed. Sol, 1986.
7. GÓMEZ CAAMAÑO, J.L.: Páginas de historia de la Farmacia, Barcelona, Sociedad Nestlé, 1982.
8. PUERTO SARMIENTO, J.: La Triaca Magna, Madrid, Panorama Actual del Medicamento 2009; 33 (322):329-336.
9. PUERTO SARMIENTO, J.: El Mito de Panacea, Madrid, Doce Calles, 1997.
10. MEZ-MANGOLDF, L.: Breve historia del medicamento, Basilea, Hoffmann-La Roche & Cía., 1971.
11. ROLDÁN Y GUERRERO, R.: Descubrimientos, inventos y adelantos científicos. Lo que la ciencia debe a los farmacéuticos, Madrid, Imprenta del P. de H. de Oficiales del Ejército, 1952.